

El cristiano según la moda y el cristiano según el Evangelio (I)

En 1881 el Padre Emmanuel André denunciaba en un escrito a los «cristianos según la moda», que querían conciliar su fe con la mentalidad moderna, en contraste con los cristianos cabales que quieren vivir la fe según el espíritu del Evangelio. No es nueva la pretensión de forjarse un cristianismo al gusto del día. Por eso mismo, no será inútil entregar sus reflexiones en una nueva serie de Hojitas de Fe.

1º Introducción.

Cuando, a la luz de la fe, consideramos atentamente el estado actual de las almas, nos encontramos con un espectáculo inimaginable. Si bien ya es espantoso el número de las que aún viven en las sombras de la infidelidad, no lo es menos la condición de los hombres bautizados en todo el orbe.

Hay cristianos y cristianos. El cristiano cabal, o como dice el catecismo, el cristiano perfecto, es aquel que sigue siendo lo que de él han hecho los Sacramentos de Bautismo, Confirmación y Eucaristía. *Hijo de Dios*, es de la casa de su Padre; *soldado de Jesucristo*, camina con la frente alta, vencedor del mundo, de la carne y del demonio; *alimentado con la Eucaristía*, vive la vida de su Salvador, a quien continúa y prolonga en la tierra, hasta el día en que goce plenamente de Dios en el cielo. Ese cristiano es el cristiano según el Evangelio, que se dirige a Dios con paso seguro, y que, aunque vive en este mundo, tiene su corazón puesto en el otro.

Pero, junto al cristiano según el Evangelio, debemos reconocer al cristiano según la moda, o mejor dicho, a los cristianos según la moda, dado que, por un lado, su número es ingente, y que, por otro, son muy variopintos. Separados de la gracia, han quedado caídos, pero unos más bajo que otros; se han alejado de Dios, pero por caminos muy distintos y a diferentes distancias.

Algunos, a los pocos años de su bautismo, se separaron de Dios y de la Iglesia por una educación e instrucción anticatólica y formalmente herética, como la mayoría de los protestantes y cismáticos orientales. Unos son hostiles a la fe y a la Iglesia; otros siguen siendo cristianos por aferrarse a lo que les queda de la fe cristiana: la Santísima Trinidad, la Encarnación de Jesucristo, y tal vez también la fe en la Sagrada Eucaristía. No podemos negar que, entre ellos, la gracia de Dios sigue recogiendo elegidos, especialmente los niños que mueren con la gracia del Bautismo, y que por eso son herederos del cielo.

Limitémonos, con todo, a considerar el estado de los cristianos bautizados en la Iglesia católica. No es ninguna novedad decir que la Iglesia católica se ve combatida hoy en día casi en todas partes, y con un encarnizamiento nunca visto hasta ahora; pero lo más doloroso es que los hombres que hoy más luchan contra la Iglesia no son ni paganos ni herejes, sino católicos, hijos de la misma Iglesia.

No habiendo recibido en la familia la savia cristiana que debía fortalecer en sus almas la gracia del Bautismo, muy a menudo han recibido la Confirmación sólo para romper con el Espíritu Santo, y han hecho la primera Comunión sólo para alejarse definitivamente de Nuestro Señor Jesucristo. Han tenido maestros que les han inculcado más impiedad que ciencia. Y al tiempo en que las pasiones se despertaban con fiereza, ya habían cerrado los oídos a la voz de Dios, y dejábase llevar por una corriente que, por cuanto lo arrastraba todo, les parecía poco peligrosa. La violación habitual de los mandamientos de Dios acabó sofocando en ellos las recriminaciones de la conciencia, dudaron de la fe o no la tuvieron por guía en su vida, y así acabaron perdiéndola del todo. Muchos se fueron muy lejos por ese camino, e incurrieron en aquellas faltas que la Iglesia castigaba con la excomunión.

Así que hoy hay un aterrador sinnúmero de cristianos bautizados y excomulgados. Son ellos los que constituyen el mundo, los que marcan sus pautas, y los que se han puesto a luchar contra su Madre la Iglesia con una ferocidad que sólo puede compararse con la ceguera con que obedecen las órdenes de dirigentes desconocidos, a quienes nunca han visto y nunca verán, pero a quienes sirven sin la sombra del menor provecho; y estos dirigentes –quién lo hubiese dicho– son judíos. Sí, los judíos son los que libran hoy, y desde ya hace tiempo, la guerra contra la Iglesia, teniendo por ejército a cristianos excomulgados. Dios tenga piedad de ellos, pues no saben lo que hacen.

Bástenos mencionar a esta variedad de cristianos, pues no es de ella de la que queremos ocuparnos: queremos más bien limitarnos a considerar a los cristianos que aún viven dentro de la comunión de la Iglesia.

¡Qué grande es el número de cristianos que han roto con la práctica de los Sacramentos, sin los cuales el hombre no puede permanecer en estado de gracia! Algunos cristianos de este temple todavía conservan la costumbre de rezar por la mañana y por la noche. Otros han olvidado por completo el deber de la oración y ya no hablan nunca con Dios. En estos cristianos hay abismos espantosos de ignorancia, que los exponen a todos los errores y a todos los prejuicios contra la Iglesia, que logran arrastrar a algunos a la herejía, la cual los aleja aun más de Dios, por cuanto los sustrae a la comunión de la Iglesia.

También están los cristianos que rezan sus oraciones cada día, y reciben los Sacramentos al menos una vez al año; estos son los que queremos estudiar más particularmente, porque entre ellos es donde hallaremos tanto a los cristianos según la moda como al cristiano según el Evangelio.

2º El cristiano según la moda tiene poca fe.

La fe es el principio del cristianismo y la primera virtud del cristiano: por ella discernimos entre la luz y las tinieblas, entre el cristiano según la moda y el cris-

tiano según el Evangelio. Este es un hombre de fe, mientras que aquel, aunque tenga la fe, puede ser algo muy distinto de un hombre de fe.

En el primero, la fe alcanza toda su plenitud, reina sobre todo y lo regula todo: es el orden de Dios, es la justicia, es el verdadero bien.

En el segundo, la fe guarda rara vez su integridad: en múltiples puntos se ve disminuida y debilitada, ya por toda una mezcla de opiniones falsas, ya por el desconocimiento de ciertas verdades, no muy halagadoras quizás para la naturaleza, pero muy saludables para el alma.

Pero las heridas más peligrosas para la fe son las que resultan de la invasión del naturalismo y del racionalismo que hoy inundan el mundo. De vez en cuando se alzan voces autorizadas para señalar este perniciosísimo mal. Por ejemplo, un profesor de teología nos decía recientemente:

«La peste de nuestro tiempo es la invasión cada vez mayor del racionalismo en la ciencia, y especialmente en la teología. La pretensión del racionalismo es establecer la razón humana, abandonada a sí misma, como la fuente única y la regla soberana de toda verdad, tanto en religión como en filosofía, y por consiguiente, supeditar la interpretación del dogma revelado al juicio de la razón natural. La consecuencia inevitable de este método es distorsionar la noción de dogma y privar al cristianismo de su carácter sobrenatural y divino, rebajándolo al nivel de una opinión filosófica.»

Lo que la fe es en las clases superiores, eso es generalmente en el común de la gente; y, si el mal está tan arraigado en esas alturas, no nos asombremos de lo que vemos a nuestro alrededor. Los creyentes creen, pero vacilan y parecen tener miedo de creer demasiado. En casi todos ellos la fe es tímida, una fe que no se atreve a mirar de frente ciertas verdades, o al menos sólo después de haberlas reformulado de nuevo. ¡Cuántas interpretaciones se han dado del dogma capital de la Santísima Trinidad, del pecado original, de la gracia de Dios, de la libertad humana!

Para dar sólo un ejemplo, un orador, exponiendo el misterio de la Santísima Trinidad, decía: «El misterio de la Trinidad no es tan inaccesible como podría pensarse. En efecto, Dios puede ser considerado bajo tres aspectos: o como Creador, o como Redentor, o como Santificador. Si se lo considera como Creador, se le llama Padre; si como Redentor, se le llama Hijo; y si como Santificador, se le llama Espíritu Santo...»

Esta manera de hablar de la Trinidad es blasfema, por cuanto sólo reconoce una semblanza de la Trinidad en las obras de Dios, creación, redención y santificación, pero negándola en la esencia divina según una distinción real de personas. Es la herejía modalista, que sostenía que el Padre es el Hijo, y el Hijo es el Espíritu Santo, cambiando sólo de nombre según la obra que se le atribuye. Semejante modo de hablar habría provocado en otro tiempo la indignación de todos, y dado lugar a enérgicas protestas: se habrían alzado poderosas voces para reivindicar la verdad, condenar la herejía y salvar la fe en las almas. Hoy... nada.

Los hombres de nuestro tiempo no son hombres de fe; pero con ello no digo nada que sea de excesiva actualidad... Puedo remontarme a mis recuerdos, y hallar un ejemplo impresionante y conocido de la debilidad de la fe en nuestros desdichados tiempos.

3º El Padre Felicité de Lamennais.

Hace medio siglo, una nueva estrella pareció elevarse en el cielo de la Iglesia. Muchas almas se alegraron de su aparición, y auguraron que grandes cosas iban a realizarse para Dios y para la Iglesia. Esa presunta estrella era el Padre Felicité de Lamennais.

Cuando publicó su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, su primer tomo fue todo un acontecimiento. Se decía que el estilo recordaba a Fénelon, y que el poder de la lógica hacía pensar en Bossuet. Los creyentes estaban albozados, y muchos incrédulos se ponían inquietos. Muchas almas se prometían una nueva edad de oro para la religión.

Pero nada de eso sucedió, porque el Padre de Lamennais no era un hombre de fe. El mismo, sin que nadie se diera cuenta, nos dejó la prueba escrita de ello. Había él publicado un piadoso opúsculo titulado *Guía de la primera edad*, verdadera joya en muchos aspectos, pero en la que había una frase desafortunada y reveladora. Poniendo el ejemplo de un cándido niño al que interrogan unas personas impías que quieren hacerle perder la fe, presenta al niño defendiéndose, y haciéndole responder, entre otras cosas:

«Ustedes me proponen leer libros en que se prueba, según me dicen, que todo lo que yo creo es sólo una ilusión. Pero aun cuando esto fuese tan cierto como yo creo que es falso, ¿por qué querrían privarme de lo que me hace feliz?»

¡Aun cuando eso fuese tan cierto! ¡Ay, ay, ay! El autor concede la posibilidad especulativa de que sea ilusorio lo que enseña la fe. Pero semejante duda destruye la fe. Lamennais lo escribió seguramente sin pensarlo, pero justamente por escribirlo sin pensarlo, nos dio la prueba de que en su mente ya alimentaba dudas sobre la fe, y que si se aferraba a ella era por la dicha que le procuraba. Esas dudas, de especulativas que eran al principio, se volvieron luego prácticas, y Lamennais acabó perdiendo completamente la fe.

El Padre de Lamennais fue un cristiano al gusto del día, y quizás también un cristiano de un día, de aquellos de quienes Nuestro Señor dice: *«Creen por un tiempo, mas en el tiempo de la tentación se retiran»* (Lc. 8 13).

¡Creen por un tiempo! Este rasgo nos pinta al vivo a los cristianos al gusto del día. Creen en el día de la primera Comunión, pero ya no creen al día siguiente; creen si están en peligro de muerte, mas ya no si sobreviven; creen cuando están entre creyentes, pero ya no cuando están con incrédulos.

Muy distinto es el cristiano según el Evangelio: para él la fe es una luz sin eclipse, que le hace bendecir al Señor en todo momento, y le da la certeza de que *«la verdad del Señor permanece eternamente»* (Sal. 116 2).